

*Este libro es un homenaje a Alcohólicos Anónimos. Agradeciendo a los grupos A. A. la ayuda que directa o indirectamente le han proporcionado, el Autor advierte haber puesto la mayor atención en respetar el principio del anonimato. A quienes, sin embargo, imaginen verse reflejados en algún personaje, el autor les recuerda que las historias de los alcohólicos son, según una expresión corriente en los grupos, copias al carbón: invoca por lo tanto otro principio, el de la tolerancia.*

Juan Manuel, quien el año pasado por estas mismas fechas era aún, —él que tal vez no haya llegado a los treinta años de edad— la encarnación del caos físico y moral, un caos lindante con la abyección, ha establecido diligentemente, al levantarse hoy a las siete de la mañana, el empleo de su jornada. Saldrá de la oficina —trabaja como supernumerario en la Secretaría de Educación Pública— a las dos y media en punto. Puesto que es viernes, irá de inmediato, tomando un atiborradísimo autobús, al Centro Asturiano, donde una vez por semana algunos miembros del grupo Valle de México tienen por costumbre reunirse en una salita, llamada «de los borrachos», para consumir una comida abundante y abundantemente enriquecida de bebidas multicolores. La comida cuesta casi cincuenta pesos, suma que Juan Manuel no puede permitirse gastar sino en circunstancias excepcionales; pero ayer por la tarde, tras haberlo comentado así con los compañeros que lamentaban sus frecuentes ausencias, fue invitado formalmente por Julito G., que, con su joven esposa Gabriela, le demuestra una simpatía muy viva. Es de prever que la comida, amenizada por los chascarrillos quizá excesivos de Teodoro, durará hasta las cinco; a esa hora Juan Manuel irá al dentista, que tiene el consultorio no muy distante, en Baja California esquina Nuevo León, y allí presumiblemente permanecerá, ¡ay!, hasta las siete. A las siete y cuarto tiene cita con Pilar delante del Café de las Américas; de allí, a pie, irán a la junta del grupo Matt Talbot.

Pilar es una española de edad indefinible que se presentó en el Matt Talbot hace dieciocho días con un apasionamiento evidente: marca de un apuro desgarrador. Elegante, o más exactamente distinguida, y sin ningún esfuerzo, su piel es trigueña, sus ojos son de un verde que desconcierta, y el cabello lacio le enmarca el rostro de pómulos altos, macerado: hace pensar, ha dicho ayer Bartolo E, el insolente, en una hija más o menos ilegítima de Isabel la Católica y de Cristóbal Colón el navegante. Juan Manuel la considera algo suyo en el sentido de que, habiéndola visto llegar, en estado de visible angustia y acompañada de un caballero que luego resultó ser su marido, a la entrada del edificio del Matt Talbot, se le acercó, obedeciendo a un impulso de afecto, y le habló, la acompañó casi sosteniéndola, por las escaleras, y la hizo sentarse junto a ella —el marido, por supuesto, se había quedado en la calle—. Le preparó un café, y luego, al terminar la junta —que no se distinguió ni por su esplendor estético ni por su delirante alegría—, la invitó a que lo siguiese al Valle de México, donde los miembros se reúnen más tarde. Pensó que una señora como aquélla habría de sentirse más a gusto en el Valle de México, ya que, si bien es cierto que la institución se halla señalada por la igualdad —la muerte es democrática— no es menos cierto que cada uno de los grupos tiene características propias, por lo que todo

compañero o candidato a compañero escoge libremente el que le parezca más idóneo para los efectos de su salida de la muerte.

Y Pilar volvió al Valle de México, todos los días. Dieciocho días constituidos por tantas horas interminables: dieciocho días pueden ser la eternidad. Lo que tiene detrás de sí es lo que se comienza a saber. La historia habitual: el inimaginable horror. En su caso duró, al parecer, una decena de años. De los que estuvo cinco en tratamiento psicoanalítico: en vano. «La locura, en comparación, es...», ha dicho Dionisio, su marido; y no ha terminado la frase. La impotencia roe el vocabulario.

Ayer por la noche Juan Manuel invitó a Pilar a que fuese con él al Matt Talbot — donde ella no ha vuelto más después de la primera vez— porque se iba a celebrar el quinto aniversario de Feliciano, al que llaman el Jovenazo. Un alma de Dios si acaso ha habido alguna: así lo dicen todos. Es un anciano gordo, pobrementemente vestido de gris, que anda trastadilleando, sin cultura y sin un centavo: nada tiene salvo la gracia de Dios.

«Es un alma de Dios —le dijo Juan Manuel a Pilar— y aunque no sabe poner tres palabras en fila, cuando abre la boca emana fuerza, emana una bendición, y también cuando está callado hay en torno a Feliciano el Jovenazo, una luz. ¿Irás? Mañana a las siete y cuarto en punto de la tarde estaré frente al Café de las Américas. ¿Irás?»

«Iré.»

«Y luego, después de la fiesta en el Matt Talbot, iremos al Valle de México; todavía nos quedará una media hora, hasta las diez; luego iremos al Sanborns, como siempre, y allí podrás reunirte con Dionisio: estará Griselda con su marido Ignacio, estará Jorge M. con su esposa Covadonga, estará Miguelito, estará...»

Mientras corre al dentista, y la noche se cierne sobre la Ciudad de México, Juan Manuel es feliz pensando en la velada que lo espera.